

loqueleg

EL SEÑOR GALLINAZO VUELVE A LIMA

© 1961, Sebastián Salazar Bondy

© De esta edición:

2016, Santillana S. A.

Av. Primavera 2160, Lima 33 – Perú

Loqueleo es un sello editorial de Santillana S. A.

Edición ejecutiva:

Ana Loli

Edición:

Catherine Lozano

Diagramación:

Juan José Kanashiro

Ilustraciones:

Leslie Umezaki

ISBN: 978-612-4299-81-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional
del Perú N° 2016-08650

Registro de proyecto editorial N° 31501401600684

Primera edición: julio 2016

Tiraje: 2 000 ejemplares

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Metrocolor S.A.

Los Gorriones 350, Lima 9 - Perú

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en,
o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma
y por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico,
por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

El Señor Gallinazo vuelve a Lima

Sebastián Salazar Bondy

Ilustraciones: Leslie Umezaki

loqueleg

*Este cuento está dedicado a Nicole,
Belisa, Maysa, Ina, Anne, el Gordo,
Tachi y Jorge, quienes, como Ximena,
son niños que cuando elevan los ojos al
cielo ya no avizoran el vuelo apacible de
los lentos gallinazos tradicionales sino
el estruendoso, amenazador paso de los
aviones a reacción.*



El Señor Gallinazo volvió a Lima después de varios años de ausencia. Desde lo alto, ingresando por el lado del mar, advirtió que la ciudad había crecido un poco hacia arriba y muchísimo a lo ancho.

Las torres de las iglesias, sus espadañas y campanarios, eran ahora más pequeñas que los modernos edificios, y por sobre huertas, ayer floridas, fundos de frutales y parras, y aun lenguas de arena ondulada, se descubrían barrios residenciales, al sur, y oscuras masas de chozas, al norte y al este.



No obstante que durante su viaje de vuelta a la patria había decidido poner sus rugosas patas en un saledizo de la catedral, mirador tradicional de pájaros viejos, la visión lo indujo a descender, luego de ejecutar varios círculos concéntricos, en un basural, en torno al cual, como seres de semejante condición, personas y chanchos, niños y

perros, parecían disputarse o compartir el mismo lugar de vida y trabajo.

Tocó tierra, contrajo sus fatigadas alas negras, aguzó sus ojillos irritados de tanto otear el horizonte, y permaneció inmóvil unos instantes.



Oía el hozar[✍] de los cerdos, el ladrido de los canes, la bronca voz de los adultos y la risa cristalina de los pequeños.

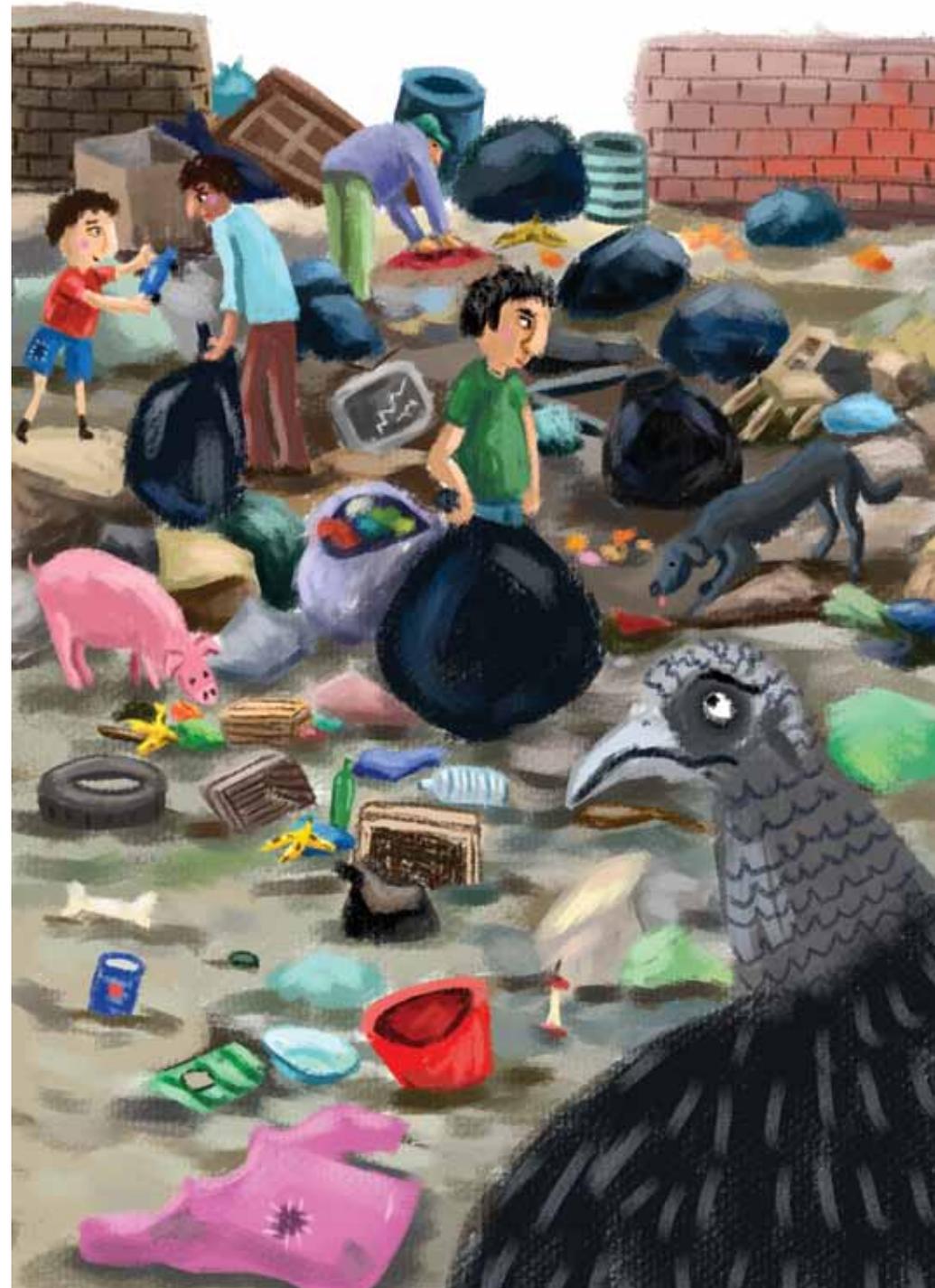
Y meditaba sobre este desconocido aspecto de su ciudad natal.

12 La recordaba limpia, serena, silenciosa, dulce. Lo que en ese momento contemplaba —un torneo de hambre entre animales y hombres— decía otra cosa de los nuevos tiempos. Y eso lo entristecía.

Probablemente habría retornado de inmediato al extranjero, desalentado por aquella impresión, si un niño de pocos años (cinco, a lo más, calculó con rapidez) no se hubiera acercado valientemente a él.

Valientemente, sí, porque para una criatura la figura de un gallinazo, anciano y severo, además de gallinazo, no fue nunca ni simpática ni digna de mucha confianza.

[✍] Mover y levantar tierra con el hocico.



14 Pero fuera porque el Señor Gallinazo estaba dominado por la melancolía, fuera porque dicho sentimiento le daba un aire decididamente inofensivo, el muchachito llegó hasta medio metro del pájaro y con un palo, que llevaba en la mano derecha a modo de espada, le dio un leve empujón para verificar si se trataba de un ave viva o disecada.

En un basural existe la posibilidad de encontrar los objetos más inesperados: sortijas de oro, cartas íntimas de dos seres que alguna vez se amaron y hasta animalejos que alguien embalsamó para recuerdo o para adorno.

Con el fin de no atemorizar al osado niño, el Señor Gallinazo no se movió. Se redujo a decir, en voz muy suave y amable: 15

